

La trama oculta

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

José María Merino, *La trama oculta*

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-8393-175-2

Depósito legal: M-24885-2014

IBIC: FYB

© José María Merino, 2014

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2014

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

José María Merino

La trama oculta

**Cuentos de los dos lados
con una silva mínima**



ÍNDICE

I. DE ESTE LADO

La trama oculta	15
El filtro de Venus	29
La mirada de Flora	39
El fin del mundo	49
Dios nos libre	59
El último viaje	67
El día menos pensado	77
La degollina	91
La aventura invisible	107
El mundo del silencio	121

II. DE AQUEL LADO

El peregrino	135
Una tarde de buceo (Tres variaciones)	149
Extravíos nocturnos	167
Mal carácter	179
Prisa	191
El relevo	205
Duplicado	227
El túnel	237
Más allá del estanque	245
La vieja pálida	249

III. SILVA MÍNIMA

Convivencia	261
Malevolencia	263
La perspectiva del gato	264

El intruso	266
El ammonites	268
Habitación 201	270
Cenizas	272
Mundo peonza	273
El fantasma	274
La poza en el atardecer	275
El bicicielo	278
Levantamientos	280
Horóscopo	282
Autoficción	284
Origen nonato	285

En varias ocasiones he publicado colecciones de cuentos que forman, cada una, eso que los estudiosos llaman un «ciclo»: cuentos que tienen en común el escenario, los personajes y hasta la propia perspectiva imaginativa y formal de las piezas. Hasta he publicado una colección de cuentos y minicuentos que tiene cierta estructura de novela...En el caso de los cuentos del presente libro, y a estas alturas de la vida y de la escritura, quise componer una colección que recogiese todas mis «modalidades cuentísticas», es decir, en la que estuviesen presentadas las diversas especies de los cuentos que me han venido interesando como autor desde hace tantos años.

El orden del libro ofrece tres vertientes: el primer grupo puede adscribirse a una mirada predominantemente realista, en el segundo grupo prevalece lo fantástico –y

hasta lo futurista— y un tercero reúne varios minicuentos, también de diferente temática.

En cierto modo este libro es un «arca de Noé», bastante adecuado para mí frente al diluvio de tenebrosas expectativas que estamos viviendo en tantos aspectos.

J. M. M.

5 de Junio de 2014

I
DE ESTE LADO

Al observar con atención cómo se va tejiendo la vida, puede descubrirse en las relaciones entre nosotros –amor, amistad, rivalidad, colaboración, simpatía, aversión...– por debajo de lo que pudiéramos llamar el argumento visible, palpable, que con todos los matices que se quiera parece el único existente, otro argumento silencioso, otra trama muchas veces invisible, que acaso nunca se desvele o que de pronto nos sorprende al revelarse de modo súbito, de manera incongruente con lo que parecía la única existente.

Creo que el tema da mucho juego –está en la sustancia misma de nuestra personalidad individual y de nuestra organización social– y que sus posibilidades literarias son inmensas. Hasta pienso que buena parte de la ficción tiene que ver con el juego de las apariencias, de los grandes disimulos, de los amores no confesados, de las envidias en lo profundo resguardadas, de los odios celosamente mantenidos en secreto: la trama oculta.

LA TRAMA OCULTA

A VECES, «los ineludibles requerimientos empresariales», como decía Jaime Millán, dejando asomar en su actitud prepotente una sombra de humor, obligaban a Arturo a acompañar a ciertos clientes a algún espectáculo, un tablao, la ópera, un concierto, o el teatro, como en este caso. El cliente, médico director de una clínica dietética en la costa levantina, había mostrado deseos de ver una obra que estaban montando aquellos días en Madrid y Arturo se ocupó de llevarlo. Su secretaria encargó las entradas, él recogió al cliente en el hotel con un taxi, y se encaminaron a la sala, que era bastante informal, un lugar no demasiado grande, con sillas dispersas por el patio en lugar de butacas fijas.

Ya sentado en una de aquellas sillas fue cuando, al echar un vistazo al modesto programa que le habían entregado al entrar, Arturo conoció el título de la obra: *El jardín de los cerezos*.

El título hizo fulgurar poderosamente en su memoria lejana un libro encuadernado en tela de flores muy vistosas, que siempre permanecía, como si fuese un adorno, sobre

una mesita, en el único lugar iluminado de una sala sombría. La encuadernación de aquel libro era tan atractiva, que Arturo lo manoseaba siempre que entraba en el lugar, leía con fascinación el misterioso título, que resaltaba en una etiqueta rectangular de la portada, e incluso lo hojeaba, desconcertado por aquella sucesión de párrafos independientes, iniciado cada uno con un nombre en letras mayúsculas.

El jardín de los cerezos.

Nunca había sido aficionado a la literatura y no sabía que se trataba de una obra de teatro, al parecer muy valorada por el cliente que había tenido tanto interés en ir a verla, y que admiraba mucho al autor, un escritor ruso que había vivido un par de siglos antes.

La obra, al principio muy confusa, sobre todo por lo raro de los objetos del escenario —unos cuantos cajones con un espejo en un lateral, que lo mismo simulaban ser maletas que muebles, con un orificio en el que, en ciertos momentos, se incrustaban los extremos de unos remos, para representar al parecer los troncos arbóreos de un supuesto bosquecillo— acabó interesándolo, sobre todo por el empeño de la protagonista y de su hermano en arruinarse románticamente.

El jardín de los cerezos. El libro, de encuadernación tan atractiva, estaba siempre colocado, con la portada hacia arriba, junto a un jarrón con flores del jardín, en aquella mesita entre dos sillones, en el chalet de los abuelos de sus amigos Jaime y Doro, los hermanos Millán.

Eran los tiempos de la niñez, él era compañero de curso de Doro, Jaime iba un año por delante de ellos, y entre los tres fue cuajando una amistad que acabó convirtiéndolo en visitante invernal de la casa de ambos, para jugar los

tres con el *excalectric* o con el tren eléctrico, instalado en un paisaje diminuto con estaciones, túneles, puentes y tres ferrocarriles y, cuando llegaba el buen tiempo, del gran chalé que los abuelos de sus amigos tenían en las afueras, con una mesa de ping-pong, un futbolín de verdad y, sobre todo, una piscina donde se bañaban con alboroto regocijado.

El día después de la representación buscó la obra en una librería y la leyó, descubriendo varias cosas. Para empezar, que el escenario, cuya forma habían ido componiendo los extraños objetos era, en la obra original, una sucesión de espacios bien delimitados: el cuarto de los niños, una vieja ermita en el campo con ciertas losas sepulcrales, un salón... Luego, y esto fue lo que despertó sobre todo su interés, que había habido comportamientos en la puesta en escena que no estaban en el texto escrito por el autor, aunque tampoco lo traicionasen: por ejemplo, en el arranque del primer acto, los intentos de manoseo del acaudalado Lopajín a la joven Duniasha, o los gestos de burla que Epijodov, enamorado no correspondido de Duniasha, hacía a espaldas de Lopajín, y que cambiaba por una actitud servil cuando el otro estaba a punto de descubrirlo; también, una escena de seducción entre el lacayo Iasha y la joven Duniasha donde, en la representación, hubo entre ambos un abrazo cargado de erotismo que en el texto no figuraba, sin que sus palabras se modificasen; asimismo, la equívoca actitud que Gaiev mantenía hacia el lacayo Iasha, en la que los denuestos escritos por el autor se acompañaban en la escena con ciertos gestos y caricias que podían hacer pensar en una atracción homosexual...

El descubrimiento de aquellas intromisiones, que sin modificar el texto daban un sentido especial a las actitudes

y, por lo tanto, al carácter de los personajes, lo dejó sorprendido, no solo por la capacidad de la puesta en escena para enriquecer, matizar y hasta dar nuevo sentido a las palabras impresas, sin traicionarlas, sino al hacerle pensar en esa trama paralela, oculta, donde los sentimientos se expresaban de una forma que, sin figurar en la apariencia establecida por el autor, acompañaba sin desatino al desarrollo visible del argumento escrito.

El reconocimiento del libro, con la contemplación de su contenido cobrando vida en el escenario, y luego su lectura, lo habían hecho retroceder en su memoria a unos tiempos, más de treinta años antes, en los que apenas solía pensar. Entre los recuerdos había uno, lacerante, que se mostró de nuevo con toda su terrible apariencia, con tanta fuerza que lo desasosegó por completo.

«No duermes –le decía su mujer–, das vueltas y vueltas, te levantas mil veces. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Tenéis problemas en el bufete?».

Él negaba que alguna preocupación lo aquejase, achacaba su desazón a exceso de trabajo, aseguraba que todo se le quitaría cuando llegasen las vacaciones, pero aquel viejo recuerdo era una dolorosa alimaña que lo recorría por dentro, arañándolo y mordiéndolo.

En su relación con los hermanos Millán, él había sido testigo de la firme y hasta tiránica supremacía que Jaime afirmaba implacable frente a Doro, una supremacía que él aceptaba también, no solo por compartir la servidumbre continua a la que se veía sometido su directo compañero, el hermano menor, sino para no irritar al otro y con ello poner en peligro los beneficios que aquella amistad le reportaba: los espléndidos juguetes que los hermanos poseían y en los

que él ni siquiera podía soñar, aquella piscina donde tanto disfrutaba durante muchas jornadas del verano.

La preeminencia de Jaime se hacía notar siempre: él era quien elegía los mejores juguetes, quien protagonizaba los roles de mando en los juegos, quien decidía los programas de televisión o las películas que había que ver, quien caprichosamente les arrancaba un tebeo de las manos mientras lo estaban leyendo, el que se servía antes que nadie los refrescos o los bocadillos. Su tiranía se hacía notar aún más en la época de las calificaciones escolares, porque Jaime siempre tenía peores notas que Doro, uno de los más destacados alumnos de su clase, muchas veces el primero, lo que sacaba de quicio al hermano mayor. A veces llegaba a agredirlo, aunque de manera disimulada, mientras jugaban, como si no hubiera tenido intención de hacerlo: una patada en la pierna en lugar de darle al balón, un empujón inesperado, como si hubiese tropezado casualmente, un codazo en la cara en el forcejeo por agarrar la pelota.

Durante una larga temporada, Doro lució un ojo morado como consecuencia de uno de aquellos golpes, aunque Arturo sabía que la causa no había sido un tropezón fortuito, sino la mención especial con la que el hermano menor había sido honrado en clase al final de un trimestre.

Jaime podía ser un enemigo temible, implacable, rencoroso, y Arturo procuraba, no solo no ofrecer resistencia, sino plegarse sin objeciones a sus órdenes y caprichos. Todavía ahora, en el bufete, seguía aceptando sin reservas aquel liderazgo, y era capaz de enfrentarse al resto de los miembros de la empresa para defender posturas de Jaime que podían ser discutibles, y cuando lo hacía encontraba en los ojos del antiguo amigo una luz satisfecha, en la que brillaba más la fruición del jefe obedecido que la compla-

cencia del amigo apoyado. Porque entre Jaime y él había una amistad estrecha, que se remontaba a aquellos años de la niñez. Una amistad que se había hecho más firme a raíz de la muerte de Doro, precisamente.

La dichosa obra rusa, con la imagen del libro depositado como un ornamento sobre la superficie de la oscura mesita, en el salón de aquel chalet, le había puesto la memoria en carne viva.

No podía precisar el momento, pero una tarde asistió atemorizado a un violento enfrentamiento entre Jaime y Doro. Jaime conminaba a su hermano a sacar peores notas.

–Pero tú eres bobo –le había contestado este–. Yo sacaré las notas que pueda, y en paz.

–Tú eres un chulo, que quiere estar por encima de los demás.

–A mí me gusta estudiar, ¿qué culpa tengo? Me aburriría como una ostra si no estudiase. No lo hago por destacar.

Recordó cómo Doro buscaba el apoyo en sus ojos y cómo él intentaba disimular su inquietud, improvisando un aire de broma, como si en la controversia no hubiese tanta tensión.

–Con lo que a mí me cuesta –dijo al fin, ambiguamente conciliador–, y tú sacas dieces como si fuese la cosa más natural del mundo. Eres un fenómeno, Doro. Ya sé que no quieres estar por encima de los demás, pero algunos pueden creerlo, como Jaime.

–¿Y qué quieres que haga?

–¡Dejar de empollar! ¡Así de claro! –gritó Jaime, pero Doro, sin contestar, se apartó de ellos.

Aquel curso Doro sacó las mejores notas de clase y a Jaime lo suspendieron en tantas que tenía que repetir. Al parecer, en su casa tuvo que sufrir una reprimenda muy

dura, pero su abuelo, el primer día que fueron al chalet, le dijo con aire burlón:

–Para ti, lo de catear tiene sus compensaciones, porque te va a ir muy bien estar en el mismo curso que Doro. Seguro que aprendes de él. Por lo menos, te puede echar una mano en los momentos de apuro. ¿Verdad, Doro?

La memoria en carne viva, los zarpazos, los mordiscos de esa bestia feroz que había vuelto a salir de su cubil.

En el chalet del abuelo se subía al piso superior, y luego al desván, por unas escaleras que flanqueaba una barandilla de hierro con su pasamanos de madera oscura y bruñida. En los momentos en que no había nadie cerca, solían deslizarse sentados por el tramo inicial del pasamanos, el que unía el vestíbulo con el primer descansillo. Lo hacían furtivamente, procurando no ser notados, pues aquel juego estaba prohibido con rigurosas advertencias.

En cierta ocasión, Jaime decidió que había que bajar desde el tramo anterior. Tanto Arturo como Doro tenían miedo, pero Jaime les demostró, con pericia, que el ejercicio era perfectamente realizable, y no tuvieron más remedio que hacerlo, aunque el punto en que la barandilla se doblaba era muy complicado de pasar.

–Ya podéis ir entrenándoos, porque hay que bajar todo el pasamanos, desde el desván.

–¿Desde el desván? Yo eso no puedo hacerlo –había dicho Doro.

Arturo apoyó su objeción con un gesto que la reafirmaba.

–Si lo puedo hacer yo, lo podéis hacer vosotros. Y el gallina que no lo haga no volverá a jugar al ping-pong ni al fútbolín, os lo aseguro.